



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriú y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marín don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

APOLOGÍA DE LOS TUERTOS.

De cuantos manejan la pluma, emborronan cuartillas y dan que hacer á las prensas, no hay uno que al escribir cualquiera obra, por muy exígua que sea, no se proponga algun fin, mas ó menos laudable. Unos buscan la gloria, otros la moneda, y otros gloria con pesetas, como si digéramos, huevos con jamon: quién anda tras la proteccion del magnate ó la sonrisa de la hermosa: quién adora lo poético y maravilloso, y quién, por último, solo se ocupa de la árida ciencia. Yo me propongo lisa y llanamente decir lo que siento para que no se me indigeste; pues las indigestiones de ideas son fatales, y no hay en botica alguna medicamento que las cure. Teniendo ahora el papel delante, la acerada peñola en la

mano, y en perspectiva las columnas del SANCHO, que esperan un artículo mio, justo es trasladarlo de la mollera al idioma castellano, y enviárselo, cumpliendo mi palabra. En el trato de desvanecer un error vulgarísimo, poniendo la verdad á salvo y en su lugar correspondiente.

Muchas veces hé oido calificar de desgraciado á cualquiera que carece de un ojo, y aplicarle los epítetos de INFELIZ, POBRE, IMPERFECTO etc. etc. Esto me revuelve la bilis, y me atacaría los nervios, si yo tuviera tales peji-gueras: lo considero un disparaton de á fólío, y apesar de mi corto ingenio, demostraré como tres y dos son cinco, que el ser tuerto es una ganga, una mina, una delicia, una perfeccion, un privilegio, y en suma, una cosa muy buena.

Supongamos que viene un hombre al mundo, y que la naturaleza, como hembra, tiene su descuido, olvidán-

dose de encender uno de los dos candiles visuales del recién-nacido infante. Sus desconsolados padres lloran ESTA DESGRACIA. Pero, hablando con verdad, ¿hay tal desgracia? No, y mil veces no: el niño crece, y aunque sea mas bruto que un alcornoque y mas basto que el revés de una estera, se distingue de sus compañeros, no solo en el aula, sino en la calle; y nadie ignora cuanto vale ser persona de distincion, hoy que todos aspiran al título de NOTABILIDADES. El tuerto lo es desde su infancia, solo por ser tuerto: QUIA NOMINOR LEO.

Pues, señor, pasan los años, y llega nuestro héroe á la edad de entrar en quinta: la ley dice: «todo español está obligado á servir á la patria con las armas etc.» Pero el tuerto, aunque español castizo, ni carga con la mochila, ni suelta la pecunia para redimirse de esta obligacion. Siendo tuerto, está por cima de las leyes, como pudiera estarlo el mas despótico monarca. Lo declaran libre: y ¿hay en el mundo un bien comparable á la libertad? En cambio, mirad á los reclutas; ¿por qué los fuerzan á abandonar á sus padres, á dejar la aldea natal, á llevar sendos palos aprendiendo el ejercicio, á sufrir el calor, el frio, la fatiga, á esponerse á las balas del enemigo, á ser fusilados por quitame allá esas pajas, y á pedir limosnas, si el servicio los deja inútiles? Porque tienen la desgracia de no ser tuertos.

Libre ya de las quintas, sigue ejercitando su profesion ú oficio. ¿Cuál es? Cualquiera: no importa: para él todos son buenos. En todos tiene ilustres predecesores que seguir, altos ejemplos que imitar. Pero hay algunos en que la ventaja es inmensa. Si es herrero..... ¿hay cosa mas propia que un herrero tuerto? En tal caso, no es un artesano vulgar y comun: es la imagen de Vulcano, dios de sus compañeros, rey del martillo y soberano señor del yunque. Su fragua parece el interior del Etna donde los cíclopes trabajan, y su humilde taller adquiere un tinte clásico y mitológico, á que no aleanza ningun otro establecimiento. Si en vez de ceñirse el mandil y agarrar el martillo, prefiere vestir sedas bordadas y se dedica al toreo, ya puede contar por padrino á Manuel Dominguez, uno de les gefes de la moderna tauromaquia. Si no tuvo la dicha de nacer tuerto, y siendo ya militar pierde un ojo..... entonces no pierde, sino gana. Gana en categoría, en representacion social, y hasta su mismo aspecto se hace mas formidable. Ha dado un gran paso en la milicia, y ya se halla puesto en camino de imitar las proezas de Filipo de Macedonia, del grande Anibal, terror de los romanos, y del insigne Caupolican, defensor de Aráuco: entre los tres solo tenían tres ojos (en la cara) y fueron valerosísimos capitanes. Mas si nació con vena, si la inspiracion inflama su mente, si es poeta, ¡cielo santo! bien puede prometerse que llegará al pináculo de la poesia; por que el ser tuerto es casi tener un billete para sentarse en el Parnaso. Que lo diga Camoens, el épico lusitano: Que lo diga Breton de los Herreros, ilustre dramático español, que lo diga.... y ahora se me ofrece una pregunta: ¿por qué apesar de su talento, no han llegado estos á la sublime altura del fantástico Milton y del fabuloso Homero? Por que Homero y Milton eran tuertos de los dos ojos; en cuya consideracion, fácilmente se deduce su ventaja. Tambien eran tuertos por partida doble la célebre Srta. Paradis, primera actriz del teatro de Viena; el ingenioso mecánico romano Anastassi, cuyas obras se admiran en los museos; el sábio de Puzeaux, el famoso Estéban, el geógrafo Weissembourg, los ilustrados David Blondel y Matías Guillermo, ambos de portentosa memoria; el tierno poeta portugués Antonio Feliciano del Castillo, el matemático Saunderson..... y si fuera á numerarlos todos, tendria que llenar una resma; por lo cual, hago alto, y voy á parar el golpe de una objecion que se

me figura estar oyendo.

Me dirán: «no todos los tuertos son varones; tuertas hay tambien: y siendo la hermosura el don mas estimado en las mugeres, claro es que la falta de un ojo, «las afeará mucho y será en ellas un defecto». Lo niego: una tuerta enamora: lo confirman infinitos ejemplos: y la que atrae con solo un ojo, ¿no tiene mas mérito que la que con dos hace lo mismo? Si sois tan amigo de la belleza, ved el retrato que de una tuerta hace Arolas:

Un párpado levantado
mostraba negra pupila,
que con su fuego aniquila
cuanto una vez ha mirado.
Y el otro cubre caido
como venda bienhechora,
la pupila matadora,
que cerrada se ha dormido.

¿En dónde hay descritos un par de ojos que valgan por este solo? Y mas adelante añade el mismo poeta hablando de la misma dama:

Cuando en su asiento dorado
suelta sus largos cabellos,
y el peine se pierde entre ellos,
como en un mar desatado;
Con tiento van sus doncellas,
pues con profusion que asombra,
besa el cabello la alfombra
do temen estampar huellas.
Su tez á la nieve igual
vá despidiendo de dia,
la luz y melancolía
que dá el astro nocturnal.
Y saltan tantos placeres
de un latido de su seno,
que quien de amor vivió ageno,
suspira por las mugeres.

La dama tan gallardamente retratada por el poeta es la célebre princesa de Eboli, una de las mas hermosas señoras de Castilla. Con decir que deslumbró, enamoró y mareó como á un cadete al sesudo y grave Felipe II, dichos están los puntos que la tal tuerta calzaria. De otra habló el principe de nuestros novelistas; y aunque la pinta fea, rechoncha, ordinaria, de un ojo tuerta y del otro no muy sana, añade en seguida que tenia excelente corazon y mucha formalidad en cumplir sus palabras: por donde se vé que no hay tuerto ni tuerta que no tenga alguna cosa recomendable y buena.

Aun quedan por enumerar muchas ventajas y excelencias pertenecientes al gremio de los que solo tienen un candil; y por ser infinitas, solo citaré las que se me ofrezcan ahora CALAMO CORRENTE. Un tuerto no puede ser bizco: si se vé precisado á comprar gafas, separa un cristal, lo guarda y cuando el otro se rompe, se ahorra de gastar en reponerlo. Algunos, creyendo hacerle una ofensa, dicen de él «que está señalado de la mano de Dios»: y esto en vez de insulto, es un piropo, una lisonja; pues Dios señala á sus predilectos hijos, como profetas, apóstoles, santos etc, y ¿quién se juzgará agraviado perteneciendo á este número?

Por otra parte, la fortuna es ciega; y á no ser otro ciego, nadie se le parece mas que un tuerto: es verdad reconocida que los que mucho se parecen, en mucho se asemejan; y siendo la fortuna quien dispone de todos los bienes y los reparte á su arbitrio, ¿há de olvidarse de los tuertos, con quienes debe ligarle la mas profunda simpatía?..... Y ¿qué diré de la omnimoda libertad de estos seres para obrar como se les antoje, desde que murió el valeroso caballero andante Don Quijote, que los endere-

zaba á lanzadas? Ni cómo olvidarme de que llegará día en que la justicia reine y establezca su imperio en todo el universo mundo? Entonces el tuerto solo pagará media entrada en los teatros y funciones públicas: y si es nombrado por el gobierno vista de la aduana, disfrutará doble sueldo; pues con solo un ojo tiene que examinar y observar tanto como otro con los dos, y á doble trabajo, doble paga. Esto es equitativo.

Ultimamente se ha probado que los tuertos poseen eficaz virtud anti-venenosa, segun el caso que refiere el siguiente epigrama:

Una víbora picó
á Manuel Breton el tuerto;
¿murió Breton? No por cierto:
la víbora rebentó.

Además de todas estas ventajas, el que solo tiene un ojo, se acerca á la unidad mas que nadie: y sabido es que la unidad es condicion integrante de la verdad, de la armonía y de la belleza. Y pues que la belleza nombro, sépase por quien lo ignore, que la línea curva, torcida ó tuerta es llamada por los artistas la línea bella: que el círculo, línea tuerta unida por sus extremos, es la representación de lo infinito: y hasta el adagio viene en apoyo y alabanza de los tuertos; pues para ponderar la sagacidad y penetración de cualquiera, suele decirse: «¡qué buen ojo tiene Fulano!» y no «¡qué buenos ojos tiene Fulano!» lo cual indica que esa perspicacia es intrínseca y proverbial en los tuertos, á quienes Dios conserve su único farol para poder llegar á buen puerto en los mares de este mundo. Adios, lector; que la torcida se apaga y apenas distingo estos tuertos renglones. Tuyo

Narciso Campillo.

Sevilla. 8. Mayo. 1864.

FLOR DE UN DIA.

I.

Yo vi en un tiempo columpiarse hermosa
sobre tallo flexible en valle ameno,
la diosa del vergel, la pura rosa,
de vida y hermosura el cáliz lleno.

Sus hojas con desden las entreabría
mostrando en su esplendor y galanura,
el vívido carmin que las teñía,
reflejo de pureza y de ternura.

De esencia embalsamaba el fresco ambiente,
y pródiga su aroma repartía;
la brisa le acaricia blandamente
del petalo libando la ambrosía....

Otra vez volví á mirarla.... ya no era
la flor que á los vergeles daba encanto!
Su vida corta fué, breve y ligera
pasó como ilusion para quebranto.

Sus hojas de carmin y nieve pura
perdieron el matiz de sus colores;
quemólas sin piedad ráfaga impura
dejándola perdida entre las flores.

Mústias están sus hojas.... abatida

inclina la cervíz sobre la arena;
un hora fué no mas su triste vida,
el cierzo á cruda muerte la condena.

La flor que demostraba su belleza
há un instante, marchita y deshojada
en polvo quedará, que á ser empieza
la triste realidad... ¡ay!... de la nada.

Que bálsamo, vigor y lozanía....
todo desapareció: tan solo queda
un recuerdo de flor que duró un día
sin que alzarse del polvo jamás pueda.

II.

Así cual rosa que ostentó lozana
en los vergeles su fragancia pura,
meciéndose al albor de la mañana
en su tallo gentil con galanura.

Y al corto instante se la vé declina,
juguete siendo de la brisa leve,
abandonada y sola en su ruina
cual planta inútil que olvidarse debe.

Así la vida del que vive ufano
en el vergel del mundo sin colores,
marchita con crueldad la fuerte mano
que el tiempo le depara en sus rigores.

Efímera existencia le corola
su juventud de célica ambrosía:
mas pasa cual un soplo, que es tan sola
la vida del que nace FLOR DE UN DIA.

José de Arcos y Perez.

HISTORIA DE UN ZAPATO.

FANTASIA DE OBRA PRIMA.

I.

La tradicion no nos ha dicho el nombre del artista.
Era este un zapatero de moda en Paris, propietario de un gran establecimiento, cuya muestra se retraba con escudos y colosales medallas, emblemas de los premios que habia alcanzado su mérito en el difícil arte que profesaba, ó signos de que á su habilidad estaba encomendada la tarea de calzar piés acostumbrados á caminar sobre las gradas de un trono.

Satisfecho con la fama casi europea que rodeaba su nombre, y gozando una fortuna muy superior á la que hubiera podido ambicionar en sus sueños de aprendiz, nuestro hombre pasaba la vida en una completa bienaventuranza. Así estaba rollizo y reluciente como un fraile francisco, y la luz de su dicha interior iluminaba su semblante bajo la forma de una placentera sonrisa que habia llegado á serle característica.

Y hé aquí que, no sin asombro y estupor de sus oficiales, el carácter del maestro varió repentinamente. Parecia estar absorto en una grave y profunda preocupacion, su semblante perdió la eterna sonrisa que lo alegraba, sus lábios murmuraban de continuo frases vagas é inconexas como el delirio del calenturiento, y encerrado en el mas oculto aposento de su casa, pasaba horas enteras sin presentarse en el taller.

¿Qué había pasado? ¿Afligían disgustos domésticos el ánimo conturbado del artista? No: en el seno de su hogar reinaba la calma feliz de siempre. ¿Acaso un descuido, un error en la confección de una obra había producido un rompimiento diplomático entre el artista y alguno de sus aristocráticos parroquianos? ¡Imposible! exclamaban todos: en cuanto se refiere á la obra prima, el maestro sabe muy bien donde le aprieta el zapato. ¿Qué será, pues?

¡Misterios profundísimos del corazón humano!

El artista había recibido las medidas necesarias para la elaboración de un par de zapatos de mujer.

Su orgullo artístico se había despertado al verlas. Jamás discípulo alguno de San Crispín había tenido en su mano proporción de hacer una obra maestra como la que á él le deparaba la suerte. El zapato que se hiciera con arreglo á aquellas medidas no parecía un zapato hecho para humano pie, sino una creación de la fantasía, un zapato ideal, un mito.

Pero la voz del temor resonó en el corazón del zapatero, sumiéndolo en un mar de dudas y de vacilaciones. ¿Podría llevar á cabo la empresa? ¿Alcanzaria su arte á dar á aquel zapato la gracia, la belleza estética, la delicadeza, la suavidad en los contornos que debía tener precisamente el privilegiado pie á que estaba destinado?

Desde que la duda penetró en la mente del artista ya no hubo para él punto de reposo. Aquel zapato era su pesadilla, lo veía por todas partes, lo acariciaba con los ojos de su alma y mas de una vez cuando creyendo que sentía arder en su mente el fuego de la inspiración, trataba de dar comienzo á la obra, el temor volvía á asaltarle, arrojaba lejos de sí los útiles del oficio, y volvía á sumergirse en sus profundas reflexiones, encontrando en la inacción un consuelo, en cuanto le permitía conservar el resto de ilusión que abrigaba todavía.

Una noche en que el artista se encontraba en su lecho entregado al intranquilo sueño de que el estado de su ánimo le permitía disfrutar, su espíritu despertó á la vez de la fantasía y se lanzó en vuelo arrebatado á la región de las quimeras. Soñó.

Vió ante sí un espacio inmenso, mudo, oscuro, vacío.—No flotaba en él un átomo fugitivo de luz, ni lo cruzaba un ave perdida, ni el mas leve sonido agitaba en ondas el aire inmóvil y silencioso como la eternidad. Una tinta luminosa, pero suave, se extendió lentamente por aquel espacio, apareciendo en él una forma de mujer velada en los flotantes pliegues de blanca vestidura. Semejaba en la vaguedad de sus contornos la idea indecisa que se mueve en la mente de un escultor antes de que la meditación la precise con la fijeza que ha de ostentar luego en el bronce ó el mármol. Y tal debía ser la significación de la aérea figura, porque poco á poco sus contornos se fueron haciendo mas claros y definidos, sus carnes y sus vestiduras tomaron ese color verde y dorado del bronce, y se ostentó con toda la magestad de una estatua cuya creación hubiera sido un nuevo título de gloria para Fidias ó Praxiteles.

En tanto que el confuso zapatero contemplaba la estatua con el estupor propio de quien no sabe lo que le pasa, una nube de fuego comenzó á descender sobre aquella, envolviéndola en un manto luminoso. La visión desapareció de la vista asombrada que la contemplara, pero en el centro de aquel océano de luz y rodeados de una aureola mas clara todavía, que venían á dar forma á su pensamiento, presentándole un admirable modelo, el zapatero lanzó un grito ahogado y despertó

esclamando en francés: EUREKA!

Quién hubiera visto al MAESTRO parisien entregado á su obra, hubiera disfrutado de un espectáculo verdaderamente digno de atención. Aquello no era ya el ardor del trabajo, era una fiebre que lo devoraba. Parecía que sus manos no buscaban los instrumentos del arte sobre la exigua mesilla, sino que estos volaban á ellas, según la rapidez con que los cogía ó los cambiaba. No se oía en el aposento el rumor de esas canciones propias de los talleres y que son como auxiliares del operario, sino algun profundo suspiro, algun grito ahogado de satisfacción. A veces el artífice se detenía como en presencia de una dificultad inesperada y permanecía un breve instante con la mirada inmóvil y fija en las vigas del techo. Era que estaba evocando el recuerdo de su ideal. Y seguía con doblado ardor su tarea, completamente embebido en ella y sin dar un momento al descanso.

Fué aquel un combate de dos días, digno de ser cantado por la trompa épica.

Cuando despues de ese plazo el maestro se presentó de nuevo á sus operarios, ya alarmados por su continuada ausencia, estaba pálido, demacrado, tembloroso, pero brillando en su rostro el orgullo del triunfo. Llevaba en la mano dos zapatos de mujer que parecían fabricados por alguna hada, dos zapatos de belleza tal que rayaba en lo inverosímil, dos zapatos que parecían destinados á esos ponderados pies de las mujeres chinas, si la gracia y elegancia de su construcción no patentizaran que la forma de los que habían de usarlos era parte de la naturaleza y no un fenómeno producido por una bárbara preocupación.

Aquellos zapatos fueron el pasmo y el regocijo de cuantos estaban en el taller, y colocados despues de un breve plazo en la vidriera del establecimiento arrancaban exclamaciones de admiración á cuantos pasaban por la calle. El afortunado artífice hizo engarzar en plata el tirapié, la chaveta y los demas útiles que habían concurrido á la fabricación de aquellas obras maestras; la chaveta, especialmente, con la que, mas de una vez, en las horas de temor y desaliento, había pensado en dar trágico fin á su existencia.

EL LIBRO DE LAS FLORES DE MAYO. CUADROS DE LA VIDA DE LA VIRGEN.

CUADRO SEGUNDO.

Nacimiento de María.

I.

Triste Santa Ana vivía
y ante su afán angustioso,
del Santo Joaquín su esposo
el alma se entristecía.

Su hogar calor no tenía;
sin fruto su amor, impío
cruel dolor causa aquel frío
con que horrible se presenta
la esterilidad, que afrenta
era en el pueblo judío.

Con lágrimas al Señor
y con santas oraciones,
Ana pide ricos dones
de un puro, bendito amor.

Joaquin lleva en su dolor,
por lograr de amor la prenda,
ofrenda que á Dios no ofenda;
mas, ofendiendo á su grey,
sacerdotes de la ley
rechazan su dulce ofrenda.

II.

Humillaciones, quebrantos,
sufrieron Ana y Joaquin;
mas premio logran al fin
de inapreciables encantos.
Ya en el hogar de los Santos
se siente el suave calor
de ese fuego, cuyo ardor
con el cielo nos concilia,
del amor de la familia,
que es el mas hermoso amor.

De Santa Ana la virtud
quiso Dios acrisolar;
que iba en ella á germinar
el árbol de la salud.
Con su eterna juventud
brota la primera rama,
y MARIA se la llama
porque con su amor fecundo,
desde el nacer, sobre el mundo
un mar de gracias derrama.

III.

No hay pena que les aña;
ya los santos venerables
beben goces inefables
en los lábios de su hija.
La casa se regocija
de aquel Sol con los destellos
que animan los campos bellos,
beneficios bien seguros
cobrando en frutos maduros
los que sembraron en ellos.

Que Dios quiso la pureza
de su Santa Madre honrar,
y fuentes hizo brotar
de inagotable riqueza.
La madre naturaleza,
en su seno nunca enjuto,
brinda á MARIA tributo
que debe al pródigo cielo,
ante ella besando el suelo
las ramas que dobla el fruto.

IV.

¡MARIA, de bendicion
fruto y de divino encanto!
Fruto que madura el llanto
y brota de la oracion!
Gérmen de la Salvacion
en que halló remedios fijos
para los males prolijos
del mundo el Eterno Padre!
¡acuérdate de tu madre
cuando lloren nuestros hijos!

Eduardo Bustillo.

GALERÍA BIOGRAFICA.

COMPOSITORES.

BERLIOZ

(Continuacion.)

Sin embargo de lo anti-filarmónico que es la voz de una muger gritando auxilio, la batuta del director salvó de un naufragio á la orquesta. Esta vez probó que como director no tiene rival; pues semejante á un general en el campo de batalla su cémbalo comunica todas las órdenes, dá todas las disposiciones y el numeroso ejército de Orfeos obedece y ejecuta cuanto aquella débil varita les marca: y aunque en esta lid no teme balazo ni cuchillada, sin embargo su cabeza y su cuerpo trabaja tanto que le abruma una terrible enfermedad.

Con el objeto de hacer conocer su música en toda la Alemania en donde encuentra tantas simpatías, emprende un viaje hácia ella á fines del año 1841.

A su llegada es recibido con solicitud y cariño.

En Hechinozen es saludado con entusiasmo; en Stutgard salen á recibirle, y en Leipsich encuentra á su discípulo Felix Mendelssohn.

Su primer intento es dar un concierto. Sus amigos se reúnen y toman en él parte, siendo muy aplaudidos.

Satisfecho de su recepcion marcha á Dresde en donde al oír un conde de aquella corte la «*Damnation de Faust*» quieren que le presenten al compositor.

El noble alemán no sabe mas que el idioma de Goethe, y nuestro maestro solo el de Racine. Sin embargo, un apretón de manos y lágrimas que brotan de sus ojos es el idioma universal que ambos comprendieron.

En Bruuswick se decide á dar su «*Romeo y Julieta*» por hallar una orquesta como la que tenia en Paris, y de todos los pueblos comarcanos acuden á escucharlo.

Un entusiasta admirador suyo le aconseja que ponga en escena una composicion, y Berlioz le contesta que no habria personas que pudieran ejecutarlo; y además, añadió: porque tengo la manía de que moriré cuando la ponga.

Pues bien, maestro, dícele su admirador, délo á la escena y despues muera.

Concluido el concierto fué obsequiado con una comida á la que asistieron ciento cincuenta personas, en la que se brindó, alabó y ensalzó á este enviado de Orfeo.

Despues pasó á Hamburgo, causando el mismo entusiasmo, y dejándolo para presentarse en Berlin al Rey de Prusia, el que despues de oírlo hizo grandes elogios de su mérito.

Lleno de distinciones y satisfaccion su corazón, regresó á Francia.

Las victorias obtenidas en el extranjero han popularizado su nombre por todos los ámbitos de su nacion y así es que de todas las ciudades de alguna importancia es llamado, y él se presta á ir gustoso; pero un nuevo viage le hace abandonar su patria y hacer ver á los austriacos las bellezas de su genio.

El príncipe de Metternich desea verlo y no se satisface sino hablándole largo rato y preguntándole si en efecto ha compuesto partituras para quinientos músicos.

En uno de los conciertos que dió en Viena cuando es concluido de ejecutar «Su Juliette» un espectador pasa saltando por entre la concurrencia y se arrodilla ante él, diciéndole le permita estrechar la mano que tan bien ha descrito una noble pasión.

De esta ciudad pasó á Hannovse, Pesth Prague. Breslau y otras muchas, en las cuales ya le hacen repetir cinco y seis veces sus conciertos y le demuestran tal consideración que no quieren aplaudir ninguna composición que no sea suya.

En fin, imposible sería describir con todos sus detalles, la constante ovación que recibió en su viaje: el nos los ha dado á conocer en diferentes revistas suyas, escritas con una acritud constante, debida á tanta ingratitud como experimentó en su patria, y lo acibarada que fué su existencia.

Aparte de su pasión hacia Miss Henriette, que guardó íntegra Romeo y Juliette: de los artículos sobre crítica, sus desgracias y contratiempos, todos sus escritos y revistas adolecen de la languidez que les dan las extensas digresiones en donde desfoga el rencor.

Su gran obra es un tratado de instrumentación que lo dá á conocer como el primero de cuantos han escrito sobre la materia.

Un pensamiento bulle en su imaginación. Ya no se contenta con dirigir la orquesta monstruo de quinientos profesores. Esa ya es pigmea junto á la que ahora prepara.

Es el año 1844. En el salón destinado á las máquinas, en el edificio de la exposición, ha reunido cuantas personas hay en París, que viviendo de la música, puedan merecer el honor de tocar bajo sus órdenes; mil y cien músicos le rodean; su batuta dá la señal, y un eco terrible lleno de armonías, llena el espacio y entusiasmo á multitud de espectadores que se disputan la entrada.

Mas de treinta mil francos fué el importe de la recaudación; pero después de retribuir á tantos como componían la orquesta, le quedaron solo ochocientos francos para atender á los muchos atrasos, y atender á la enfermedad que contrajo desde este mismo día, la cual le obliga á marchar á Niza, y abandonar toda ocupación. Mas para Berlioz la música, no es ocupación que puede olvidar ó recordar; está ligada tan íntimamente á su alma, que es su propia vida.

En 1845, dió otro concierto semejante al anterior, en los Campos Eliseos, del cual salió completamente arruinado, teniendo que recurrir á sus amigos para que le facilitasen medios para marchar á San Petersburgo.

Entra en la capital de Rusia, bajo muy buenos auspicios. Se presenta á la emperatriz, con una recomendación de su hermano el rey de Prusia; es bien acogido. Dá tres conciertos, que le ofrecen una utilidad de cincuenta mil francos.

Sale para Moscow, en donde recoge diez mil francos, habiendo estado á pique de no poder llevar á cabo su empresa.

Era el caso que el gobernador, le prometió el salón de la Asamblea, siempre que se dejase oír él solo ante la nobleza.

Pero cuál no fué su sorpresa, al escuchar de Berlioz que él no tocaba ningún instrumento, que su ocupación

era únicamente escribir sus composiciones y las producía luego después con los instrumentos de los demás.

Nuestro maestro no llega á enterar al Gobernador de lo que es un compositor, y tiene que valerse de un profesor ruso, para que en su idioma consiga instruirlo.

Vuelve á San Petersburgo, donde le esperan con vivos deseos de ver su «Romeo y Juliette.»

Toda la corte asiste al gran teatro, donde es colmado de vitores y muestras del mayor entusiasmo y afecto.

(Se continuará.)

LETRILLA.

Me juras, Adela hermosa,
que me quieres, no es extraño;
hace lo menos un año
que no dices otra cosa.

Pero Adela, no me fío,
y al recordar tus amores,
también recuerdo el impío
refran: á revuelto río
ganancia de pescadores.

Sé que á Pepe y á Julian
amor como á mí juraste,
y luego los olvidaste
amando á Antonio y á Juan.

Por eso no me desvelo,
no soy de esos avechuchos
que al amar paran el vuelo,
pues sé bien que el mal de muchos
es de los tontos consuelo.

Yo no desdeño tu encanto,
ni dudo de tu hermosura,
mas mujer que tanto jura
señal que miente otro tanto.

Si amor te tuve algún día,
ya de ese amor me he curado,
conozco bien tu falsía,
y gato que anda escaldado
huye hasta del agua fría.

No te molestes, Adela,
vanos son tus juramentos,
adivino tus intentos,
y ya no voy á la escuela.

Si de conmovirme trata
de tu semblante el disgusto,
perderás el tiempo, ingrata;
porque quien á hierro mata
que á hierro muera es lo justo.

Busca rendidos galanes
entre los mil que te admiran,
de esos que al amar suspiran
y á todas mienten afanes.

Dáles la hiel que me has dado
y aun me ofrece tu inclemencia,
mientras yo desengañado
te dejo, y en el pecado
me llevo la penitencia.

¡Adios! no te cause duelo
mi poco grato desaire;
tú eres veleta en el aire,
y yo columna en el suelo.

Ya de tu imagen querida
mis memorias nada encierran;
igual es siempre la vida:
al que se va, se le olvida,
y al que se muere, lo entierran.

M. del Palacio.

MESA REVUELTA.

Los que con verdadera efusion amamos las artes, no podemos desechar de nuestros constantes recuerdos á los verdaderos artistas. Hace cerca de veinte años falleció en nuestra ciudad un distinguido actor dramático, apreciado de todos en este suelo que le vió nacer, que le vió crecer, que le vió lleno de laureles, de gloria escénica: este apreciable actor se llamaba Francisco Caravaca. Murió pobre, como generalmente mueren todos los artistas españoles. Sus amigos le tributaron el último recuerdo, el último adios del mundo, depositando sus restos en nuestro cementerio rural, en un decente nicho, donde aun todavia el solitario visitador de esos lugares de la muerte, lee en caracteres de oro la inscripcion artistica funeraria que, precedida de una corona de siempre-vivas y hojas de laurel, dice así:

Mi losa es el telon
que me separa del mundo
por toda una eternidad.

Francisco Caravaca,

actor dramático.

Sus compañeros.

Van á cumplirse los veinte años que nuestro Ayuntamiento concede de plazo para el depósito de los cadáveres en sus nichos.

El inolvidable actor morirá tambien en la memoria del solitario caminante. Sus restos imperecederos para los que amamos las artes, irán á confundirse en el hosario comun.

A la prensa de Cádiz nos dirigimos; á los actores dramáticos que ocupan nuestros teatros, para que, como es debido, se arbitren los medios de renovar por otro plazo más, la estancia en el panteon de los muertos de los inanimados restos de Caravaca ya por medio de funciones teatrales, ya por una modesta suscripcion.

Iniciadores del pensamiento, no tenemos inconveniente en llevarlo á cabo, en cualquier concepto, si encontramos, como es de esperar, la acogida que merece un objeto para todos en Cádiz tan querido.

Toros.—Se prepara para el día 29 del presente una extraordinaria y escogida corrida, en la que

trabajarán el inteligente diestro Cayetano Sanz, y el arrojado jóven Bocanegra. Los aficionados desean ver otra vez á este nuevo lidiador, que bajo tan buenos auspicios ha empezado su azarosa carrera.

La empresa, que no omite sacrificios para hacerse acreedora á las deferencias del público, tiene contratada una ganadería sevillana de punta. Esperamos que una gran concurrencia premie sus afanes.

Al «Siglo XIX ó látigo tauromáquico» como él se apellida, le debemos una réplica en nuestras columnas, segun le prometimos en la carta del célebre *D. Florencio el Sevillano*, y como lo prometido es deuda, vamos á saldar esta cuenta.

Dice D. M. M. de L., firmante del *Látigo* taurino, que nuestro compañero de redaccion *D. Junipero*, se habia permitido frases inconvenientes contra sus reseñas, en la carta de toros que publicamos, y añade el autor ó firmante del modestamente apellidado *Siglo XIX*, que él sabe respetar los sucesos y las personas.

Antes de seguir esponiendo otros cargos que nos formula la *disciplina* taurómaca, hagamos alto en estos primeros. ¿Con que *D. Junipero* se permitió frases inconvenientes? ¿Dónde están estas? Dígalas por Dios, pues no han llegado á nuestras noticias. Por consiguiente, á tan nebulosa imputacion, que no aparece precisada, nada tenemos que decir, hasta que no se formule. Sin embargo, nosotros recordaremos que al ocuparnos de la reseña del *Siglo*, la calificábamos de *parcial* é inesaeta; en esto creo que no puede existir inconveniencia: pues estaríamos divertidos, si no pudiéramos poner en noticia del público los fundamentos de nuestras opiniones, las que procuramos justificar, para que se conozca á primera vista la reseña tauromáquica que encierre veracidad y exactitud.

En cuanto al respeto á las *personas* y los *sucesos* que el *Siglo* se lisongea de profesar, es lo que casualmente á renglon seguido él mismo falta torpe y atrevidamente; pues tomando D. M. M. de L. el rábano por las hojas, al pretender denegar hoy el *vapuleo* literario que el amigo *Sancho* le dió en el pasado año en sus aplaudidas cartas, se arroja por los cerros de Ubeda, y nos dice con cierto tono picaresco é irónico, que le costó buen precio el darselo á *Sancho*. Y véanos V. aquí, Sr. D. M. M. de L., en el terrible compromiso, en que nos ha puesto su contestacion; por que si V. se hubiera contentado con negar la derrota que sufrió ante el público sus reseñas tauromáquicas, nosotros ahora insistiríamos en demostrarle que es una ilusion su empeño; pero como alude V. á *sucesos particulares*, que nosotros hemos respetado con el silencio, y que V. ahora hace gala y se jacta de sacarlos vergonzosamente á la luz pública, forzoso nos es decir algo de este *vapuleo*, que dice le costó (léase costas procesales), siquiera en vindicacion de un digno amigo ausente, á quien va dirigido ese dardo de tan mal género.

Así, pues, consignarémos en voz muy alta, y en términos muy claros, que ese *vapuleo* á que se refiere el *Siglo*, es un *vergonzoso* y *criminoso* hecho que debe abochornar el recuerdo á su autor; pues los tribunales le calificaron de un modo muy poco honroso para el causante. No queremos ser mas explícito en este particular, porque se nos asca la compasion á la pluma; pero si se nos trata de morder otra vez, dirémos todo lo que debe decirse en el particular.

Suspendemos nuestra réplica por creer insignificantes los otros puntos de que se ocupa la *nota del Siglo*, la que está concebida tan oscura y misteriosamente, que nosotros tenemos el método de despreciar lo escrito, en metáforas ininteligibles. Solo le diremos por concluir á D. M. M. de L., *firmante tauromáquico*, que no es este el modo de tratar las cuestiones de toros, porque así se convierten en otras cosas, y que cuando vea atacada una de sus *apasionadas* reseñas las defiende en el terreno del arte, sin andarse por las ramas. Al grano, Sr. de L., al grano, y fuera de *chismes mugeriles*. Con eso otra vez, cuando se lidien buenos toros de Miura, tendrá V. mas cuidado al pretender desprestigiarlos, que este fué el origen de la cuestion, que V. ha tratado de convertir en otra que produce náuseas.

Se nos olvidaba anotar lo siguiente: Dice el Sr. de L. que nos abandona á su *desprecio*; ojalá nos hubiera distinguido con él; pero ha faltado á sus intenciones, y nos hace el poco favor de ocuparse de nosotros; prueba de ello, las precedentes líneas que nos ha obligado á escribir.

Se nos habia olvidado participar á nuestros abonados, la sensible y temprana defuncion del malogrado papel *Juan Claridades*, que de resultas de la abstinencia Cuaresmal, falleció en la Semana Santa. El pobrete, como en vida metió tan poco ruido, bajó al hoyo silenciosamente. Chist! Callemos y no turbemos su reposo; por lo tanto, retirándonos lejos de su funeraria losa, entonemos el siguiente sufragio:

Ha muerto *Juan Claridades*

Que asombro del siglo fué:

(¡En el siglo diez y nueve

Que buenas cosas se ven!)

Los abonados del teatro Principal están de enhorabuena, pues aunque no se les ha devuelto el importe de las funciones no efectuadas, en cambio continúa este teatro cerrado sin presentar ninguna clase de espectáculos. Bien es verdad que suficientemente fueron indemnizados los abonados, entreteniéndolos con jueguecitos de manos, y con los famosos *espectros luminosos*, que para algunos eran las sombras de sus, hasta ahora, perdidos fondos.

«Quiero aprender á pelar»—

Dijo Fausto á un peluquero:

Y este lo enseñó tan bien,

Que á todos dejó sin pelo.

Circo Gaditano.—Desde nuestro último número poca novedad han ofrecido los trabajos de la compañía dramática. Esperamos que la direccion de este coliseo se apresurará á poner en escena el variado y escogido repertorio, que se nos ha dicho posee, y de este modo trabajará en su mayor provecho, dando mas animacion y aliciente á las funciones, que solo por el motivo que indicamos, debe ser la causa de no estar tan concurridas como al principio de la temporada.

El *Agente de policía* es la única produccion que no debemos dejar de consignar. En ella está inimitable el Sr. Valero; solo este actor posee el difícil tacto de enternecer y provocar la risa simultáneamente del espectador, y aunque el *Agente* tiene escenas algo pesadas, se

sufre con gusto y paciencia, para gozar en cambio de otras interesantes y entretenidas.

Teatro Principal.—Continúa con sus jueguecitos de manos, *amortizando* la cuota del abono, que fué desembolsada para oír un espectáculo *lirico*, y solo *lirico*. La empresa demuestra con esta persistencia heroica, una de estas dos cosas: ó que continúa atacada de *sindineritis*, ó que no le importa el desagrado del público, y en especial de los abonados, á quienes está engañando.

¿Por qué no hemos de dedicar cuatro palabras al modesto y humilde teatrillo de *Isabel II*? ¿No está incluido por su objeto en la categoría de espectáculos públicos? Justo es que hagamos especial mencion de los que en él se ejecutan de vez en cuando.

El Domingo 22 del presente se puso en escena la popular zarzuela *El tio Caniyitas*. El salon de la calle de la Compañía se vió completamente lleno, y la concurrencia, indulgente con algunas leves faltas, hijas propias de aquella localidad, recompensó los esfuerzos de los artistas, aplaudiéndolos calorosamente.

El Sr. Villa, encargado del protagonista, nos hizo ver un tipo *flamenco* puro; tiene gracia y sabe sacar partido de algunas escenas. En el segundo acto le hicieron repetir tres veces el jaleo de la fragua. El Sr. Sanmartín, á cuyo cargo estaba el papel de inglés, contribuyó por su parte al buen efecto de la produccion, caracterizando con sumo acierto y gravedad, el tipo británico de todo un *Milord*. El joven Sr. Aragon, cantó con gusto y afinacion su parte de *Repampliyao*.

El papel de *Catana* estuvo á cargo de una joven que no conocemos. Se nos ha confirmado que el motivo por el cual no pudo cantar á toda voz, fué que las botas que calzaba le apretaban mucho, y por consiguiente, le hacian desafinar con frecuencia.

De la orquesta, no quisiéramos decir nada: pero siendo infernal y detestable, quisiéramos se reformara, porque de lo contrario, no podrá cantarse con semejante acompañamiento.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.^a Plaza de S. Agustin.

CORRESPONSALES.—Madrid, don Felipe Prats, Ricos, 4.—Málaga, don Francisco Moya, Librería Universal, Puerta del mar, núm. 15.—Puerto de Santa Maria, don Francisco Cañas, Librería, calle de Palacios.—Jerez de la Frontera, don José Maria Moliné, Tornería 1.—San Fernando, don Ildefonso Antonio Ruiz, San Eduardo, 17.—Sanlúcar, don Inocencio de Oña, imprenta y librería calle de la Bolsa.—Vejer, D. Eugenio Pradier.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CÁDIZ 1861.

Ilustracion Gaditana, San Miguel, 18